

Santiago Ortiz Crespo y Soledad Álvarez Velasco,
coordinadores

Memorias del seminario internacional: El legado intelectual y político de Fernando Velasco Abad



FLACSO
ECUADOR

© 2014 Flasco Ecuador

Coordinación de la Colección

Pensamiento de Fernando Velasco Abad:

Santiago Ortiz Crespo y Soledad Álvarez Velasco.

Coordinación editorial del volumen: Soledad Álvarez Velasco

Edición: Álvaro Campuzano Arteta

Impreso en Ecuador 2014

ISBN: 978-9978-67-428-4

Flasco Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro, Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888 Fax: (593-2) 323 7960

www.flasco.edu.ec

La versión E-book de este volumen contó con el auspicio de la Fundación Rosa Luxemburg con fondos del Ministerio Alemán para la Cooperación Económica y el Desarrollo (BMZ)

Índice

Presentación	ix
<i>Soledad Álvarez Velasco y Santiago Ortiz Crespo</i>	

Apertura: el Conejo que necesitamos

Fernando Velasco: pensamiento y acción	3
<i>Alejandro Moreano</i>	

Fernando Velasco: intelectual y militante.	9
<i>Enrique Ayala Mora</i>	

I. Debates desde la teoría de la dependencia

Capitalismo dependiente y relaciones de producción en <i>Ecuador: subdesarrollo y dependencia</i> de Fernando Velasco	21
<i>Matarí Pierre Manigat</i>	

“Atrapar una imagen del pasado en un momento de peligro”: recordando y recuperando el marxismo crítico de Fernando Velasco Abad	33
<i>Agustín Lao Montes</i>	

Fernando Velasco: entre la teoría de la dependencia y el anuncio de la teoría de la revolución	43
<i>Patricio Rivas Herrera</i>	

II. Legado en los estudios agrarios

La cuestión agraria en el pensamiento de Fernando Velasco	55
<i>Manuel Chiriboga Vega</i>	
Crítica a la modernización capitalista y horizonte de autonomía en el movimiento campesino	65
<i>Francisco Hidalgo Flor</i>	
El pensamiento de Fernando Velasco Abad y las nuevas cuestiones agrarias	75
<i>Francisco Rhon Dávila</i>	

III. Legado político y organizativo

Fernando, el Conejo Velasco y su actualidad política	85
<i>Alberto Acosta</i>	
El pensamiento político de América Latina en los setenta: sus rupturas y perspectivas en el siglo XXI	95
<i>Francisco Muñoz Jaramillo</i>	
Marxismo, socialismo y teología de la liberación en la década de los setenta en Ecuador	109
<i>Hernán Rodas</i>	
El legado político del Conejo y la(s) izquierda(s) en el Ecuador y el mundo de los setenta. Un ensayo testimonial	119
<i>Máximo Ponce</i>	
Fernando Velasco	127
<i>Fander Falconí</i>	
El Conejo Velasco y la lucha de los trabajadores en la década de 1970	131
<i>José Chávez</i>	
El Conejo en la memoria de las organizaciones campesinas.	137
<i>Pedro Vásquez</i>	

IV. Hacia una lectura crítica de los proyectos de izquierda en la década de 1970

Apuntes para una crítica feminista de la izquierda (de los setenta)	145
<i>Silvia Vega Ugalde</i>	
En torno a los fantasmas de la izquierda radical ecuatoriana del setenta	163
<i>Hernán Ibarra</i>	
Visión crítica sobre los aportes en torno a la problemática indígena de Fernando Velasco Abad	177
<i>Luis Maldonado Ruiz</i>	

V. Los setentas dentro de nuevas agendas de investigación en el contexto regional y nacional contemporáneo

Las pendientes de los años setenta: cuestiones y reflexiones para una agenda de investigación	195
<i>Massimo Modonesi</i>	
Crítica y política en la sociología radical de los años setenta. Un homenaje a Fernando Velasco Abad	207
<i>Valeria Coronel</i>	
Sobre los autores	227

El pensamiento de Fernando Velasco Abad y las nuevas cuestiones agrarias

Francisco Rhon Dávila

Al elaborar este trabajo, en principio pensaba darle la vuelta a algunas otras ideas y algunos otros datos. Pero gracias al Dios de la Vida –como diría Hernán Rodas– se me permitió trabajar junto a Fernando y tener la oportunidad de contarle después. Creo que esto es entrañable y por lo tanto hasta pensé titular esta pequeña exposición “Aportes para conocer algo más de la vida de un entrañable amigo”. Uno empieza a preguntarse a las alturas de estos tiempos, en caso de que Fernando viviera –y más o menos tendría mi edad– qué estaríamos discutiendo si, como en los años setenta, él siguiera reflexionando junto a Manuel Chiriboga y otros colegas la cuestión agraria. Como ya se mencionó, con Manuel fundamos el Centro de Investigaciones y Estudios Socio Económicos (CIESE) y más tarde el Centro Andino de Acción Popular (CAAP). El CIESE fue una iniciativa del economista Fausto Jordán, en aquel entonces director de la Central Ecuatoriana de Servicios Agrícolas (CESA), institución inspirada en el pensamiento y acción del grupo de intelectuales creado por los jesuitas en Santiago de Chile (Beigel, 2011) –con quienes Fernando Velasco realizó una de las experiencias más importantes de su vida–.

¿De qué estaríamos conversando si Fernando estuviera entre nosotros? Seguramente sobre cómo se transformó la cuestión agraria al grado que ese capital que es la tierra capital orgánico, como ha señalado Manuel, dejó de ser importante como tal para el agronegocio, pasó a ser incluso una mercancía, se volvió objeto de arrendamiento ya que las grandes empresas

de ahora no requieren ser propietarias. Qué sucede, nos preguntaríamos, cuando ocurre un cambio estructural tan profundo impulsado por una tecnología de alto conocimiento, como la ingeniería genética, por ejemplo, donde la agricultura pasa a un nuevo momento que podríamos definir como un momento de industrialización, pasa a ser un hecho industrial en el cual hay varios componentes y procesos modulares, no necesariamente conectados en una misma unidad productiva. Al igual que en la industria, los insumos son provistos por agentes externos especializados. Las semillas genéticamente modificadas, que están en la mayor parte de los productos que consumimos, así como todo el paquete de insumos –fertilizantes, fungicidas, controladores de maleza– provienen de empresas especializadas que controlan los precios y todo el servicio informático que está detrás. Este manejo de la información conlleva una mayor eficiencia y eficacia productiva, a la que se denomina como agricultura de la perfección, es decir, aquella agricultura que mide las necesidades de nutrientes y de agua vía sistemas satelitales que cada planta necesita en cada momento y cuánto se desperdicia en riego y cuánto hay que ahorrar para no invadir el suelo y por lo tanto producir pérdidas mayores por el crecimiento de malezas, algunas incubaciones de plagas y erosión. Todo este aparataje de información, que es parecido al que se dispone en cualquier empresa, al igual que los instrumentos de mercadotecnia, está presente en la agricultura actual. Finalmente, toda la fase de cosecha es realizado por maquinarias sofisticadas, cosechadoras denominadas tracto mulas, unos vehículos inmensos capaces de cultivar de 20 a 30 hectáreas en menos de un día, provistos por empresas especializadas en dotar de estos servicios y obtener réditos.

Esta agricultura, no tiene, en cuanto a la gestión, los procesos y la adopción de nuevas tecnologías, diferencia alguna con lo que sería una fábrica de zapatos: el cuero viene de un lado, el hilo viene de otro lado y al final hay una fuerza interior que controla los procesos de producción y determina si el zapato tiene los suficientes parámetros como para ser vendido a precio módico. Esto es lo que está sucediendo en la agricultura mundializada. Grandes productores y mercados a escala planetaria imponen los precios, el proceso de cultivo y la calidad, sin ninguna incidencia de los campesinos.

Así, si en los años sesenta, de acuerdo al denominado Informe CIDA¹, la contradicción central se daba entre la economía rentista latifundista versus los campesinos, hoy la contradicción principal se da entre la economía de mercado capitalista versus los pequeños e incluso medianos productores. De manera que las contradicciones que tenemos ahora en el agro, ya no remiten a la contradicción entre el campesino de las épocas de Fernando y el terrateniente latifundista. Ahora se trata de una contradicción básica entre la pequeña producción familiar, que de alguna manera habría que definir y caracterizar como concepto y que tal vez coincidiría con esa pequeña burguesía y ese campesino medio a los que se refería Fernando Velasco en su análisis (Velasco, 1971 y 1974), y el nuevo agronegocio que poco tiene que ver con la agroindustria. Estamos pues frente a otra realidad. Si los pequeños y medianos productores pueden realizar procesos de articulación productiva y pequeñas transformaciones productivas, los otros procesos que están involucrados en toda esta nueva agricultura del agronegocio, como ya menciona Manuel Chiriboga en su colaboración para este libro, se dirigen fundamentalmente a la agroexportación. Dentro del agronegocio nos referimos básicamente a la palma aceitera, la caña de azúcar y por el momento los arándanos. Productos a los que se conoce también como de producción “flexible”. El aceite de palma puede usarse para cocinar, para producir el combustible para vehículos, cosméticos, medicinas, etcétera. Algo similar ocurre con la caña de azúcar. Ésta se puede convertir en agrocombustible o también en cosméticos. Los arándanos, asimismo, pueden servir para producir jugos, tintes, etcétera. Estamos frente a otros mercados, a otras funciones y utilidades de la agricultura, donde las fuerzas campesinas a las que hacía referencia Fernando y a las que todos nosotros apostábamos como un motor de las profundas transformaciones que se requerían –y que aún son actuales– también son otras.

Aquí cabe recordar una vieja discusión sobre el papel del campesinado, nunca suficientemente resuelta. ¿El campesinado era un sujeto revolucio-

1 El informe “Tenencia de la tierra y desarrollo socioeconómico del sector agrícola. Ecuador” fue publicado por el Comité Interamericano de Desarrollo (CIDA) de la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1965. El estudio sobre Ecuador fue realizado por Rafael Barahona, geógrafo chileno a quien recordamos con respeto y afecto.

nario en sí mismo o simplemente era un aliado del proletariado que debía triunfar y darnos la libertad?, ¿o acaso se trataba de formar una alianza permanente de dos sujetos iguales? Es necesario recordar que cuando se formulaban este tipo de interrogantes en los años setenta del siglo pasado, existía una muy incipiente industrialización y la mayor parte de las centrales sindicales estaban compuestas por empleados y funcionarios públicos antes que por obreros propiamente tales.

Por otra parte, Fernando Velasco empezó a vislumbrar un proceso mucho mayor que ahora denominamos globalización y que en aquel entonces se llamaba internacionalización del capital. No hay que olvidarnos que la tesis con la que se gradúa Fernando en la Universidad Católica del Ecuador, se refiere a cómo la economía colonial se articulaba ya al desarrollo internacional de acumulación a escala planetaria del capital. En Fernando siempre estuvo presente la idea de la internacionalización del capital que después se va a conocer como globalización. Pero a partir de esta constatación, no le vamos a pedir a alguien de los años setenta que entienda procesos que apenas estaban en su momento de inicio, que empiezan en el año 1975 pero que van a ser evidentes en la década de 1980. Como sabemos, la globalización describe básicamente esa impresionante capacidad de transformación de información en tiempo real que conlleva una inmensa capacidad de afectar y provocar otras transformaciones en el campo productivo. Dentro de la actual forma de división internacional del trabajo, nos corresponde ser proveedores de materias primas. Sin que se vislumbren mayores alternativas viables, parece difícil salir de ser un país básicamente primario exportador. Por más universidades que podamos implementar, la acumulación de conocimiento que existe a escala planetaria está muy lejos de nosotros, los procesos que están detrás de transformar ese conocimiento en producto y colocar ese producto en el mercado están muy lejos de cualquiera de nuestras capacidades. De hecho, persiste una clara hegemonía de los Estados Unidos, de algunos países europeos y de Japón en la construcción o industrialización de ese conocimiento. Aquí vuelvo a dar gracias a la Vida por permitirme volver a ver estas realidades a través de la conversación que añoro con mi amigo.

El pensamiento de Fernando Velasco se va forjando, por un lado, en sus estudios en la Universidad Católica, pero posteriormente con su sen-

cillez y sus hábitos de gran lector y su vocación de académico ligado a la praxis, participa, se nutre y debate con una corriente importante de la intelectualidad jesuita que empieza a pensar en un nuevo modo de vida y que se gesta desde la década de 1950 hasta las de 1960 y 1970. Ahí se formó un grupo de pensamiento formidable donde esta gente como Armand Mattelart y Franz Hinkenlammert, grandes pensadores y filósofos de ese tiempo, que se agrupan entre otras instituciones en Desarrollo y Sociedad de América Latina (DESAL) y en Iglesia y Sociedad de América Latina (ISAL). Fernando participó mucho en esos espacios y también formó parte de ese espíritu de búsqueda. El mundo es injusto, es esencialmente injusto y por lo tanto hay que cambiarlo, se pensaba. La diferencia de la versión de los jesuitas con la nuestra, los socialistas noveleros radicales, era que ellos pensaban que era posible hacer una revolución en paz. En contraste nosotros creíamos que se debía hacer una revolución socialista, al menos se pensaba en una revolución socialista, tomando incluso el caso cubano reciente como ejemplo. Parte del debate ideológico-político tenía relación con el dilema fundamental de si esa transformación debía hacerse por la vía armada. Fernando sostenía que no, que hay que hacer una revolución a partir de transferirle poder a los sectores populares. Es así como, siguiendo lo que ya apunta Francisco Hidalgo en esta publicación, los sectores populares ganan espacio político, capacidad de lucha y se vuelven capaces de aliarse con otras fuerzas para conquistar el poder. Al final Fernando admitió, tuvo que admitir, que alguna parte de este proceso podría ser militar, pero nunca asumió como punto inicial la necesidad de la lucha armada. Ningún trabajo de Fernando llama a la lucha armada, no existe ningún escrito publicado donde abogue por esta opción. En apoyo permanente a Mesías Tatamuez, era Fernando quien redactaba casi todos los manifiestos de la vertiente socialista de la Central Ecuatoriana de Obreros Católicos (CEDOC) y del Frente Unitario de Trabajadores (FUT) —entonces en formación—. La idea de la vía armada no está presente en esos trabajos y esto tal vez encuentra su origen en esa gran virtud de académico y humanista de Fernando. Quizá en algún momento llegó a pensar, de algún modo, en ambos caminos: en la necesidad de esa larga lucha para conquistar el poder, si se quiere un poco al estilo maoísta, rememorando la gran marcha para

conquistar el poder –se trata de una interpretación mía, probablemente errónea–, desde una acumulación permanente de fuerzas que generen la intuición y capacidad de entender una posibilidad de lucha no violenta, pero de admitirla si es que es necesaria. En todo caso, con Fernando tuvimos la oportunidad de abrir una serie de debates y discusiones sobre estos temas y sobre nuestras versiones de la coyuntura y el momento político del campesinado y, sin duda, quedan un cúmulo de asuntos que nos gustaría volver a discutir con él.

La práctica, la acción que enriqueció el conocimiento de Fernando sobre la realidad agraria, se realizó en CESA, institución fundada hace cerca de cincuenta años. Lo que se llevó adelante conjuntamente con Fausto Jordán y los colegas de CESA fue una propuesta de desarrollo rural, que la podríamos entender como una adaptación en los Andes de la vía *farmer*. Un modelo de transformación agraria, conceptualizado originalmente por Chayanov, que a la vez que desestructuraba la forma latifundiaría, buscaba, en nuestro caso, dotar a los campesinos de capacidades y de fuerza para la recuperación de la tierra y para el control de los mercados de la tierra, pero sin perder autonomía como sujetos políticos. Los proyectos que CESA implementó en los tiempos de Fernando Velasco surgieron principalmente a partir de procesos de reforma agraria. Ya sea que CESA se encargó de la distribución de la tierra de propiedad de la Curia, como en el caso de las haciendas de Riobamba y Ambato, o de otras instituciones, en todos los casos se trataba del resultado de la lucha y organización de la gente.

Monseñor Leonidas Proaño, contemporáneo en las luchas por la justicia y la eliminación de la dominación, siempre vivió, me parece, en la angustia generada entre la búsqueda de la libertad, la igualdad y la autodeterminación de los pueblos indígenas –lo que podríamos entender ahora como la plurinacionalidad– pero al mismo tiempo por esa práctica del desarrollo asistencial y productivista. Creo que esta paradoja era vivida con angustia por Proaño y de alguna manera también por Fernando quien atestiguó la tensión generada entre la búsqueda de una transformación nacional y unos programas de desarrollo pragmáticos y efectivistas que, como efecto no deseado, producían distinciones y desigualdades entre quienes accedían a la tierra y a los programas de desarrollo y aquellos que no eran

parte de tales beneficios. Luego del tiempo transcurrido y de constatar los resultados visibles, tendríamos otro tema más para discutir con Fernando.

A través de un interesante, bien documentado y argumentado trabajo, Víctor Bretón (2012) estudió una zona donde se ejecutó uno de los proyectos exitosos de CESA (el Tanicuchi, Pastocalle, Toacazo). En esta investigación, se analiza la aplicación del particular modelo *farmer* y se ponderan los efectos positivos alcanzados pero también se señalan aquellos que impactaron en la desigualdad y conflictividad intercampesina en la zona. A partir de estudios como éste, contando con la ventaja del tiempo y con la perspectiva de los cambios ocurridos, así como un mayor y mejor bagaje de conocimientos acumulados, estaríamos en mejores condiciones para inquirir, describir y analizar esos procesos, su inserción en la nueva estructura agraria, su relación con cuestiones como la realidad de la agricultura familiar y los cambios en la agricultura impulsados y modelados por el proceso global de mundialización de mercados, precios, productos y usos del suelo agrícola. Todo esto genera un conjunto de grandes preguntas, algunas derivadas de respuestas anteriores. En este sentido, frente a las permanentes conversaciones con Fernando, parecería que se invierte un conocido dicho y podríamos afirmar que ‘teníamos la pregunta pero nos cambiaron las respuestas’.

Bibliografía

- Beigel, Fernanda (2011). *Misión Santiago. El mundo académico jesuita y los inicios de la Cooperación Internacional Católica*. Santiago, LOM Ediciones.
- Bretón, Víctor (2012). *Toacazo en los Andes Equinocciales tras la Reforma Agraria*. Quito, FLACSO / Abya-Yala.
- Velasco, Fernando (1971). *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la Sierra: hipótesis para una investigación*, Quito, Editorial El Conejo, 1981.
- _____ (1971). “Una experiencia de desarrollo rural”. Quito, CESA.